

LA ÚNICA



De la autora best seller y premio Newbery Medal

KATHERINE APPELGATE



LA ÚNICA

De la autora best seller y premio Newbery Medal

KATHERINE APPELEGATE



KATHERINE APPLEGATE

LA
ÚNICA

Ilustraciones de
MAX KOSTENKO

Traducción de
Mercedes Guhl

GRANTRAVESÍA

Para Michael

Nunca dudes de que un grupo pequeño
de ciudadanos pensantes y comprometidos
puedan cambiar el mundo. De hecho, sólo
eso puede lograrlo.

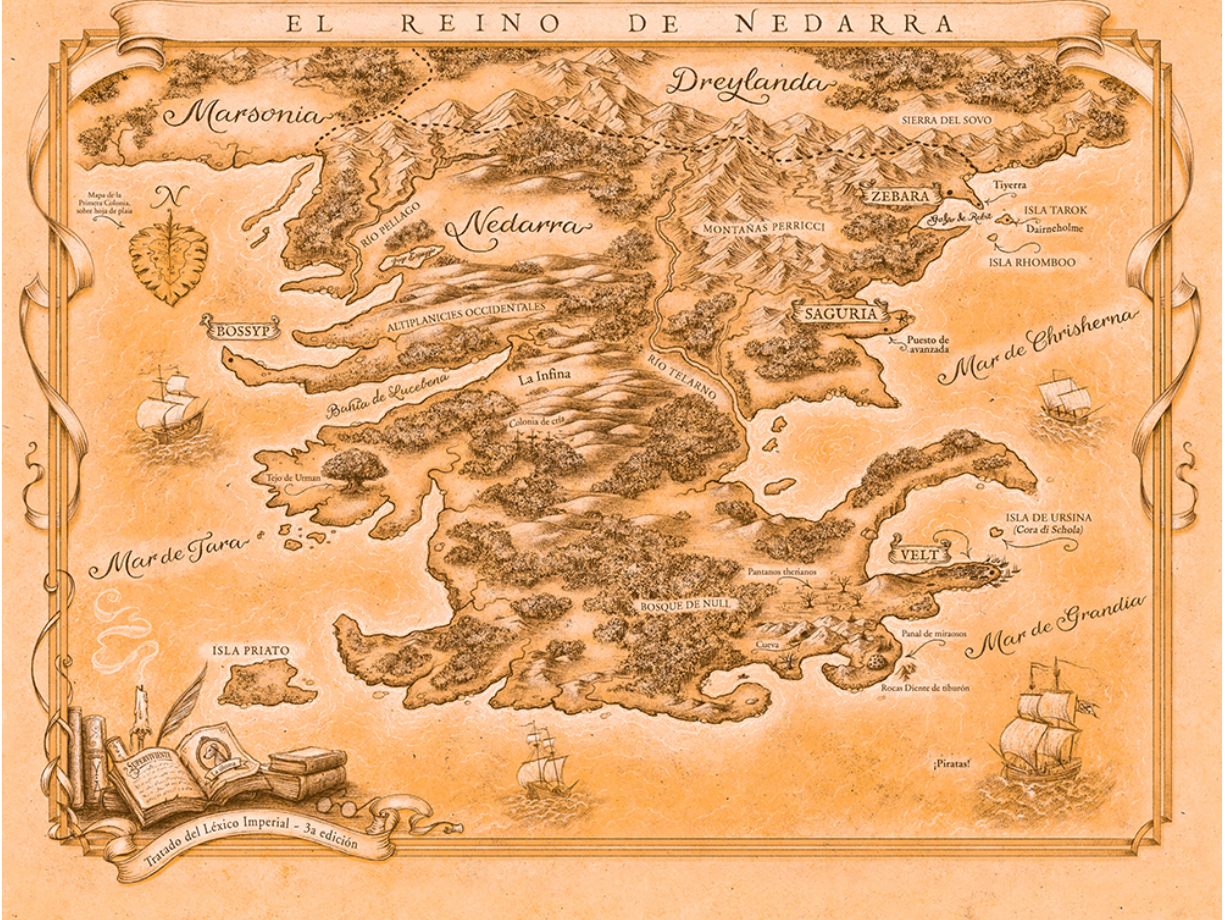
—MARGARET MEAD

Superviviente

1. Último individuo de una especie u, ocasionalmente, de una subespecie en camino a la extinción.
2. La ceremonia oficial en la que se declara la extinción de una especie se conoce como *ceremonia de extinción*.
3. (informal) Alguien que se compromete con una misión que parece imposible.

Tratado del Léxico Imperial, 3a edición

EL REINO DE NEDARRA



Tratado del Léxico Imperial - 3a edición

PRIMERA PARTE

OJOS Y OÍDOS



I

Una muy buena pregunta



Me llamo Byx. Soy una dairne.

Aunque no soy una gran cazadora.

Entonces, ¿por qué me ofrecí para ir con mis amigos Sabito y Gambler a cazar eshwins?

Buena pregunta. Es una muy buena pregunta, en verdad.

—¿Puedes percibirlos, Byx? —me preguntó Gambler con su voz ronca y grave—. Tu olfato es mejor que el mío.

Gambler es un felivet, una enorme criatura semejante a un felino. Su pelaje es negro y reluciente, como una piedra de río, a excepción de unas cuantas líneas blancas que le cruzan la cara. Sabito es un raptidonte, un depredador de gran tamaño, cuyas alas extendidas abarcan tanto como lo que mide Gambler del hocico a la cola.

Gambler cuenta con su rapidez, sus garras y sus colmillos. Sabito, con su velocidad, sus garras y su pico.

¿Yo? Yo cuento con mi andar torpe, mi piel blanca y sedosa, y unos dientes que no asustarían ni a un gatito.

Por otro lado, al igual que los perros (con los cuales tenemos más que un leve aire de familia), los dairnes tienen

una nariz privilegiada.

—Los detecto —dije desde mi puesto, a lomos de Chaos. Mi caballo plata moteado caminaba con cuidado, posando los cascos sobre piedras sumergidas en un arroyo poco profundo—. Pero no puedo determinar con precisión la dirección de la que viene el olor porque el viento sopla en ramalazos intermitentes.

Cuando llegamos al otro lado, Chaos trepó a la orilla mientras yo me aferraba a él con todo mi ser. El terreno frente a nosotros era llano y abierto, con árboles jóvenes muy espaciados entre sí, y rápidamente alcanzamos a Gambler que corría veloz.

Ver a un felivet cazar es algo maravilloso. No corren sino que se deslizan.

Sabito descendió y planeó un poco por encima de nosotros. Era capaz de flotar así por breves periodos, ajustando en sus alas una pluma o dos y aprovechando el impulso ascendente del aire que subía al contacto con el suelo calentado por los rayos del sol.

—Están justo al frente —reportó Sabito—. ¿Ven la pradera? Allí, detrás de la hilera de cipreses altos.

Donde el poder de mi olfato había fracasado, su vista de raptidonte había triunfado. ¿Qué tan increíble es el ojo de un raptidonte? Sabito era capaz de leer un libro por encima de mi hombro, incluso desde el aire, mil codos más arriba.

—Tal vez, amigo Sabito, podrías tratar de acecharlos desde atrás, y estar preparado en caso de que huyan.

—Me parece que planean quedarse allí un rato —contestó Sabito.

—Entonces, la cena está servida —repuso Gambler.

Hubo una época en que los felivets cazaban a mis semejantes, pero eso ya no sucede. En todo caso, cuesta

mucho ser una dairne en las cercanías de un felivet hambriento y no sentir algo de aprensión.

Las garras de los felivets son como puntas de flecha. Sus mandíbulas son capaces de romper rocas. Gambler podrá ser un amigo fiel, pero también es un asesino implacable y eficiente.

Eso me lleva de nuevo a la pregunta. ¿Por qué me ofrecí a salir en esta expedición de caza? ¿Por aburrimiento? ¿O sería para sentirme útil en el Ejército de la Paz? ¿O por la necesidad de demostrar que no tenía miedo?

Porque yo sentía miedo, por supuesto. Éramos un felivet, un raptidonte y una dairne contra una manada de doce eshwins hambrientos y frustrados. ¿Teníamos alguna probabilidad de éxito? No muchas.

Los eshwins son criaturas extrañas. Parecen producto de una cruce entre un jabalí salvaje y una rata hinchada. Tienen unos peligrosos colmillos curvos y la costumbre de ensañarse con los blancos más indefensos: las crías, los enfermos y los débiles. Esta manada de eshwins, en particular, había atacado a una familia de zapateros que seguía al Ejército de la Paz.

Se llama el Ejército de la Paz, y no el Ejército que Permite que los Eshwins Ataquen a otros Impunemente. Estábamos allí para asustar y alejar a los eshwins. Si es que eso era posible.

¿Y si no? Bueno... ahí estaba Gambler.

Llegamos al galope a una pradera amplia salpicada de florecillas medio marchitas, con los cascos de Caos haciendo resonar la tierra. El pasto era alto y servía para ocultar por completo a un eshwin al acecho. Pero nada, nada, puede ocultarse a los ojos de un raptidonte.

—Emboscada al frente —nos advirtió Sabito—. Se dividieron a derecha e izquierda, para abalanzarse sobre

ustedes una vez que pasen.

—Estamos preparados —dijo Gambler.

Tal vez él lo estaba. Yo no.

Templé la rienda a Caos que se lanzó a galope tendido. El viento me alborotó el pelaje y llenó mi nariz de mil olores, incluida la peste rancia de los eshwins, y el olor acre y metálico de mi propio pavor.

—Tienen a cuatro que los siguen más atrás y ocho al frente, en la hilera de árboles —reportó Sabito—. ¡Los cuatro que vienen atrás están cerrándose rápidamente sobre ustedes!

—Byx —dijo Gambler con un tono de voz en completa calma—, ¿podrías hacer una pequeña locura?

—¿Algo así como acompañarlos en esta cacería? — pregunté jadeante.

—¿Te importaría mucho dejarte caer del caballo?

—¿Que si me importaría qué?

—Quiero que crean que estás indefensa.

—¡Estoy indefensa!

—Esa tupida mata de hierbas que ves delante servirá para amortiguar tu caída.

Gambler planeaba usarme como carnada.

Todos tenemos nuestras fortalezas y nuestros puntos débiles y debemos aportar lo que podamos. Al menos, eso fue lo que me dije a medida que Caos se acercaba al matojo.

Me preparé, sacando mi pata izquierda del estribo.

Más cerca. Los cascos marchando.

Más cerca aún.

Al deslizarme por el flanco derecho de Caos me oí gritar. La caída sobre el matojo fue lo suficientemente fuerte para sacar el aire de mi pecho, pero la hierba y los macizos de hongos amortiguaron el impacto y pude sentarme...

Justo en el momento para toparme de frente con los colmillos de un eshwin enfurecido.

Se abalanzó sobre mí con la cabeza baja, y no hubo manera de que pudiera esquivarlo a tiempo.

Arremetió contra mí, soltando su gruñido triunfal, ¡jerrrOOOT!, y babeando y echando espumarajos por la boca, anticipando el momento en que sus colmillos desgarrarían mi carne.

—¡Nooooo! —grité, con pánico en la voz, en las cuatro patas, en el corazón.

Fue ahí cuando un manchón negro saltó fuera del lugar donde acechaba, con las garras a la vista y las fauces abiertas. Gambler embistió al eshwin. Tres segundos después, la bestia estaba lista para ser desollada y asada.

Uno menos. Quedaban once.

Todavía quedaban tres más atrás, que se acercaban a toda velocidad, abriéndose camino en el pastizal. Pero debido a la altura de la hierba, no podían verse entre sí y seguramente no se habían enterado de que uno de los suyos ya estaba muerto.

Sabito se precipitó desde lo alto como una estrella fugaz. Agitó las alas para reducir su caída, y fue a golpear a uno de los eshwins, hundiéndole las garras en la cabeza.

Gambler, por su lado, se encargó de los otros dos. Tres más estaban listos para llenar la olla.

Mientras tanto, los ocho que se ocultaban en la hilera de árboles decidieron, ingenuamente, salir a ayudar a sus compañeros caídos. Avanzaron en bloque, gruñendo y chillando, una muralla de pelaje pestilente, colmillos brillantes y ojillos colorados.

Encabezando el ataque iba una criatura tan grande que parecía más un caballo que un eshwin. Era vieja y se le

notaban las cicatrices de sus muchas, seguramente victoriosas, batallas.

Vi que Gambler abría los ojos de par en par, cosa que no resultaba tranquilizadora.

—Yo me encargo de su líder —dijo—, pero tú, Byx, lo mejor será que huyas y busques protegerte.

—¿Que huya?

—No puedo ocuparme de ella y del resto a la vez. ¡Huye!

Gambler avanzó para interceptar a la reina de los eshwins. Sus compañeros se desplegaron a izquierda y derecha, con la intención de rodearnos mientras su líder se enfrentaba a Gambler.

Caos había llegado hasta mí de nuevo. Tomé sus riendas y monté de vuelta en la silla. El camino estaba despejado hacia atrás, listo para permitir mi retirada.

No soy cazadora ni tampoco guerrera, y estoy muy lejos de ser una heroína. Todo lo que tengo de racional estaba con Gambler: era hora de que huyera.

Pero Gambler era mi amigo.

Más que eso. Era mi familia.

Desenfundé mi insignificante espada y azucé a Caos hacia la batalla.

Creamos milagros y maravillas



Hora y media después, Sabito y yo regresamos al campamento del ejército. Nos encontrábamos en la región central de Nedarra, aproximadamente a medio día de camino del río Telarno.

Estábamos muy cansados pero satisfechos de nuestros esfuerzos, aunque Gambler fue quien hizo la mayor parte de la labor. Luego de que el último eshwin cayó, Gambler decidió quedarse atrás, para así tener el gusto de “cenar a solas”, según nos dijo.

—¡Byx! ¡Estás toda ensangrentada! —gritó mi amigo Tobble al salir a recibirnos.

Bajé de Caos ya cerca de la fogata central del campamento.

—No es mi sangre, Tobble.

—¿Estás segura? —me tocó con sus patitas diminutas, en busca de heridas.

—Estoy bien, Tobble. Más que bien. ¡Estuve en una cacería!

—Eso veo —murmuró, mirando la especie de trineo provisional del cual Chaos venía tirando.

Habíamos entrelazado ramas con ayuda de lianas anudadas, para apilar allí tres eshwins. El resto los habíamos dejado atrás para que los recogieran los soldados. Un ejército en movimiento siempre necesita provisiones.

—Debí acompañarlos —me lanzó una mirada acusadora.

No le había confiado mis planes a mi fiel compañero wobbyk. Adonde quiera que yo fuera, inevitablemente me acompañaba él, y yo ya tenía suficientes dudas de mis habilidades de caza para además tener que preocuparme por su bienestar. Por más que su valentía iguale la de un ejército entero, su tamaño es apenas una fracción del mío. Siento que mi deber es protegerlo, y a él le sucede lo mismo conmigo.

Tobble y yo formamos una pareja bastante peculiar. Mientras que los dairnes tienen rasgos semejantes a los de un perro, los wobbyks parecen más zorros bien alimentados. Tienen grandes ojos, orejas aún más grandes, tres colas, y son de naturaleza amistosa y conversadora. Son extremadamente corteses y, en apariencia, todo menos amenazantes.

Pero esa amable imagen de su exterior esconde un corazón de guerrero. Es increíble la furia a la que puede llegar un wobbyk cuando lo llevan al extremo. Ya había visto a unos cuantos soldados del Murdano ser víctimas de su locura salvaje.

—Perdóname, Tobble —me disculpé—. Debí invitarte. La verdad es que yo temía no estar a la altura de lo que se necesitaba. Y no quería tener que preocuparme también por ti.

—Yo puedo cuidar de mí —dijo, levantando la quijada.

Le di una palmadita en el lomo.

—Eso lo sé muy bien.

Tobble refunfuñó entre dientes. Logré captar las palabras “imprudente” y “alborotada” y, como Tobble es un wobbyk y los wobbyks son extremadamente bien educados, también oí que decía “no te preocupes” y “estoy seguro de que tuviste buenas razones para hacerlo”.

Reconocí a uno de los palafreneros que se encargaba de alimentar y dar de beber a los caballos.

—¡Dontee! —lo llamé—. Corre a decir a los cocineros que encontrarán muchos más eshwins a poco menos de un kilómetro hacia el oeste. Que deben enviar una carreta.

—¿Eshwins? —repitió Dontee con cierto terror.

—No te preocupes. Ya no podrán hacerle daño a nadie.

—Entonces, ¿ahora eres la increíble dairne cazadora? —bromeó Tobble—. Sin ánimo de faltarte al respeto, amiga mía, creo que debes darte un buen baño en el río. ¡Apesta a eshwin!

—Son unos animales repulsivos —dije—. Y sólo sirven para que otros los coman.

—Eso de que no sirvan para otra cosa es equivocado —anotó Sabito con su áspera voz de raptidonte. No me había dado cuenta de que estaba flotando en vuelo un poco detrás de mí, aprovechando la brisa—. Los eshwins desentierran las raíces de los burellos, y eso ayuda a que estos árboles se reproduzcan. Y los burellos, a su vez, sirven de hogar a muchas otras especies que viven en árboles. No hay criatura inútil, Byx. Cada una es una pieza de un rompecabezas tan vasto que nadie puede verlo en su totalidad.

Clavé la vista en el suelo, disgustada.

—Perdón —se excusó Sabito, suavizando su tono—, no tenía intenciones de sermonearte. Y te doy la razón en eso

de que los eshwins no son precisamente los animales más encantadores.

Logré sonreír. Pero Sabito tenía razón. Todas las especies tienen su papel.

Yo, entre todos los seres, debería saberlo.

Alguna vez, los dairnes vivieron por toda Nedarra, nuestro hogar, en grandes cantidades. Ahora sólo quedaba un puñado. Y por un tiempo llegué a pensar que era la última dairne en el mundo: la única superviviente.

A los dairnes siempre se les cazó por su sedoso pelaje. Pero ésa no es la única razón que llevó a mi especie al borde de la extinción. Demasiados de mis semejantes han sido asesinados a causa de esa destreza única que tenemos: la capacidad de saber cuando alguien miente.

Es el don y también la maldición de mi especie.

Los humanos codician nuestro pelaje pero le temen a nuestra habilidad para detectar la mentira.

En los últimos tiempos he aprendido un poco sobre los humanos. Sus deseos podrán ser poderosos, pero sus miedos lo son todavía más.

Aunque, a decir verdad, eso quizá se extienda a todos. En estos últimos días pareciera que el miedo nunca me abandona ni se separa de mí, como una sombra.

—¿Ves al más pequeño en el trineo? —le pregunté y oí luego una incómoda mezcla de orgullo y vergüenza en mi voz—: A ése lo cacé yo.

—Una vez más —dijo Tobble contemplando los cadáveres ensangrentados e inertes—, agradezco que los wobbyks no somos carnívoros —se encogió levemente de hombros—: Cada quien tiene su lugar —dijo—. Los insectos, los pájaros, la humanidad.

—¿Qué era eso? —preguntó Sabito.

—Es parte de un poema titulado *Introducción al mundo para un joven wobbyk*.

Sabito se posó en una roja rama de árbol de mara.

—Me gustaría mucho oír el resto —dijo—. ¿Se menciona a los raptidontes?

—Figuran las seis especies gobernantes —Tobble se acomodó con cuidado las colas trenzadas—. También los wobbyks, por supuesto.

—Por favor, Tobble —dije—. A mí también me gustaría oírlo.

—No sé si me acuerde del poema entero —admitió—, pero lo intentaré.

Tobble tosió para despejarse la garganta. Y comenzó con voz suave pero clara.

*Sigilosos los felivets acechan su presa,
evitan el día y atacan por sorpresa.*

*Bajo el suelo los terramantes túneles cavan
entre la oscuridad su trabajo nunca acaban.*

*En lo más profundo, los natites nadan y nadan
en mares y océanos, ellos tienen su morada.*

*Los raptidontes en vuelo se elevan al cielo,
y miran desde arriba cuanto sucede en el suelo.*

*Los dairnes tienen una rara habilidad,
pues en todo lo que oyen, distinguen la verdad.*

*La humanidad nunca está satisfecha,
entre ambición u orgullo, se mueve cual flecha.*

*Los wobbyks, de buen corazón y temple fiero,
son también una parte del mundo entero.*

Cada quien tiene su lugar,

*los insectos, los pájaros, la humanidad.
entre todos creamos milagros y maravillas,
así como siempre llega un nuevo día.*

Tobble terminó con una pequeña reverencia. Yo lo aplaudí y Sabito agitó las alas.

—Me gustó bastante —dijo—, aunque los raptidontes no seamos muy dados a la poesía en realidad.

—Creamos milagros y maravillas —rematé con un suspiro—. Yo diría que los milagros escasean en estos tiempos.

—Vamos a salir de ésta, Byx —dijo Tobble—. El Ejército de la Paz triunfará. Tenemos que hacerlo.

Contemplé las interminables filas de tiendas polvorientas que se extendían frente a nosotros como enormes lápidas.

—Cómo quisiera compartir tu optimismo.

¡Qué abrumada sonaba! ¡Qué apática! ¿Qué le había sucedido a la Byx de antes?

No hacía mucho, yo no era más que una tonta cachorra. La renacuajo de mi camada. Retraída, ingenua, impaciente por ver el mundo.

Pues lo cierto es que se había cumplido mi deseo. Había visto demasiado del mundo. Había presenciado suficiente dolor y peligro y muerte para bastarme en varias vidas.

Ya no era esa Byx, la inocente soñadora, curiosa y despreocupada. La cachorra que podía quedarse mirando durante horas un enjambre de murciposas de alas de arcoíris que bailaban en el viento.

La Byx de siempre no iba a lanzarse a todo galope a matar eshwins, gritando triunfante como una tonta al verlos caer.

Tal vez Tobble tenía razón y nos aguardaban tiempos mejores. Tal vez esa antigua Byx estaba oculta en mi corazón, por el momento.

Tal vez.

Por lo pronto, debía ir a lavarme toda la sangre ajena que tenía untada en el pelaje.

Una promesa a Kharu



Esa noche me uní a mis compañeros alrededor de la fogata, una de las muchísimas que convertían nuestro campamento en un reflejo centelleante de las estrellas que brillaban por encima de nuestras cabezas. La cena de eshwins nos dejó satisfechos, y estábamos todos soñolientos y saciados (Tobble había cenado grillos salteados con jalea de gusanos).

Era imposible olvidar que por todas partes a nuestro alrededor se estaba preparando la guerra, pues estábamos rodeados de centinelas armados. A pesar de eso, una calma bienvenida descendió sobre mí al mirar a mis queridos amigos. Mi antiguo clan, masacrado por las tropas del Murdano, había sido reemplazado por esta nueva familia de variopintas especies. Tobble. Gambler. Sabito. Renzo, el afable humano que había pasado la mayor parte de su vida no muy longeva ejerciendo de audaz ladrón. Perro, su compañero canino de lengua siempre babosa.

Maxyn, mi compañero dairne, estaba sentado a mi lado. Cuando descubrimos esa diminuta y frágil colonia de dairnes todavía con vida, me pareció una especie de victoria saber que no era la única superviviente. Pero había resultado que seguíamos en gran riesgo, moviéndonos por el filo del abismo de la extinción.

A mi otro lado estaba sentada Kharussande Donati, conocida ahora como la Señora de Nedarra. Kharu, mi antigua captora, la que me había rescatado, mi amiga, la persona por la que estaría dispuesta a sacrificar la vida.

Cuando nos conocimos, Kharu se hacía pasar por un muchacho que servía de rastreador a una pandilla de cazadores furtivos. Ahora encabezaba un ejército como ninguno que hubiera existido antes: el Ejército de la Paz.

Nos habíamos reunido en ese ejército no para luchar en una guerra sino para evitarla. Dos poderosos tiranos, el Murdano en mi Nedarra de origen, y el Kazar Sg'drit en Dreylanda, al norte, estaban preparados para entrar en conflicto. Ambos querían la guerra, pero sus pueblos sencillamente anhelaban vivir su vida en paz.

Era una idea extraña, que nadie había intentado antes: un ejército cuyo único propósito era preservar la paz. Muchos de nuestros soldados jamás habían empuñado una espada. Había granjeros, panaderos, herboristas, comerciantes, herreros, barrileros, parteras, albañiles y carpinteros. Algunos eran siervos o aprendices. Otros habían sido esclavos, libertados por nosotros, pues Kharu se negaba a tolerar cualquier forma de esclavitud. Muchos de quienes marchaban a nuestro lado eran jóvenes y sabían poco de la vida. Otros eran tan viejos que con certeza ésta sería su última aventura.

Afortunadamente, también contábamos con guerreros experimentados, hombres y mujeres curtidos, de músculos

marcados y mirada atenta al detalle. Algunos tenían cicatrices de guerra bien visibles. Incluso mis amigos y yo habíamos tenido nuestra parte de peligro en los meses anteriores a este momento.

Mientras la luna creciente avanzaba por el cielo, nos acercamos unos a otros, contándonos historias y cantando. Renzo, con muy buena voz, nos deleitó con una cancioncita muy divertida. Hablaba de un joven enamorado de una jovencita caprichosa, y aunque no entendí todas las implicaciones, porque los humanos son muy poco claros para las cosas de los afectos, me di cuenta de que Kharu ponía los ojos en blanco y hacía gestos más de una vez, su suave cara bronceada y sonrojada a la luz de la fogata.

Luego de un tiempo callamos, y Kharu me indicó que me acercara para hablar conmigo en privado.

—¿Quieres que las acompañe? —preguntó Renzo, en pie.
Kharu rio.

—Esto es algo entre Byx y yo.

—Tú te lo pierdes —contestó él con un suspiro dramático, haciendo una elegante reverencia.

La tienda de Kharu era idéntica a la que yo compartía con Tobble, aunque la suya tenía un guardia apostado en la entrada, un joven fornido con una larga lanza. Le hizo un saludo cuando entramos.

Kharu encendió una vela, y se sentó en su pequeño catre, mirándome pensativa. Me senté en un cajón volteado junto a una especie de mesa provisional cubierta de mapas.

—Ha sucedido algo interesante —dijo ella.

—¿Interesante para bien o para mal?

—Puede ser que tenga que pedirte que te encargues de una misión.

Asentí.

—Lo que ordene, mi Señora.

—Pero Byx, si tú no eres una de mis vasallos. Eres mi amiga. A ti no te ordeno. A ti te pido.

—En todo caso, haré lo que tú me... me pidas.

—Todavía no tengo certeza pero, si llego a necesitarte, será para una misión peligrosa que involucra a los natites. Están tanteando el terreno para así decidir si apoyan al Ejército de la Paz —Kharu hizo una pausa—... o si se enfrentan a nosotros.

—Tal vez estoy pasando algo por alto pero ¿qué papel tienen unas criaturas marinas en una guerra terrestre?

—Es una buena pregunta, Byx, y la respuesta es que no lo sé. De las seis especies gobernantes, los natites son los más complejos de entender. Pero si podemos asegurar su apoyo, nos serviría para acabar con los planes del Murdano de invadir Dreylanda por mar.

—No te envidio el tener que entender ese asunto —dije.

—Lo que pasa, Byx, es que no seré yo quien se haga cargo de entenderlo —me sonrió con mirada de complicidad—. Serás tú.

—¿Yo?

Creo que eso fue lo que dije, pero tal vez no logré articular nada más que una especie de chillido.

—Los natites nos piden que enviemos un embajador, alguien que atienda sus preocupaciones.

—Pero yo... yo soy apenas...

—Byx. Esos días de “yo soy apenas una dairne” ya terminaron. Si yo puedo ser la Señora de Nedarra, tú bien puedes ser la embajadora Byx.

—No, ¡no puedo! —grité.

Kharu se inclinó hacia adelante, apoyando los brazos en las rodillas.

—Puedo dirigir este ejército, Byx. Pero nuestro objetivo es evitar una guerra, no entrar en ella. Para eso necesitamos